ENSEÑAR DANZA A LA DISTANCIA:

CÓMO MANTENER EL BARCO A FLOTE

Por Leslie González

31 de diciembre de 2019.- Wuhan reporta casos de neumonía desconocida a la Organización Mundial de la Salud.

5 de enero de 2020.- China anuncia que los casos desconocidos de neumonía en Wuhan no corresponden al SARS ni al MERS.

7 de enero de 2020.- Las autoridades de China confirman que han identificado el virus como un nuevo coronavirus inicialmente llamado 2019-NCOFF por la OMS.

Doscientos noventa y siete días han pasado desde el 31 de diciembre. Dicho así, no es tan impactante como escuchar 7128 días. Un millón ciento once mil setecientos catorce muertes en el mundo por COVID-19. Si dividimos el número de muertes entre el número de días, diríamos que tres mil ochocientos siete personas murieron al día. Mientras tanto, nosotros vamos sobreviviendo. Yo soy bailarina, maestra de danza y coreógrafa. Desde muy temprana edad decidí que no iba a tener un trabajo que me obligara a estar frente a una pantalla por largas jornadas; hasta el día de hoy no me siento capaz de sentarme 6 horas sin que mis nervios comiencen a lanzar chispas. También reconocí desde hace muchos años que las computadoras y yo no somos muy amigas, y hasta hace muy poco habíamos acordado mantener una distancia considerable. Si alguien me hubiera dicho que en el año 2020 iba a pasar la mayor parte del tiempo sentada frente a una, no lo hubiera creído. Al principio de todo este acontecimiento, estaba negada a adoptar los modos de esta nueva normalidad. Sigo pensando por momentos que es mejor para mí no producir nada hasta que no pase todo esto, que está bien si me relajo, que no tengo por qué rendir cuentas de mi trabajo coreográfico, y que si me detengo es porque ejerzo mi derecho inalienable de tomarme un descanso. Y también, que al menos estoy ayudando a no saturar las redes de contenido, que en su mayoría es basura, y lo genuino se pierde entre esas masas crecientes de desecho, en el ahora, donde la atención de las personas dura lo que un TikTok.

Los artistas luchamos por mantener el barco a flote, tal como lo expresa ese meme famoso en la red, aquél de los músicos de la película Titanic que se mantienen tocando con el agua hasta el cuello. **Ha quedado públicamente demostrado que el recurso que ayudó a que las personas no perdieran la cabeza en sus casas fue el arte**.

Y descubrimos que cuando el individuo tiene tiempo, desea ser feliz y ser artista. Cientos de personas fueron impulsadas por su exacerbado altruismo y comenzaron a ofrecer clases gratuitas para todo aquel que estuviera interesado en alguna actividad. Vi desfilar decenas de videos de clases en línea, cursos, entrevistas, encuentros, festivales y demás. Yo misma tomé unas cuantas clases y cursos. La apertura de mi propio espacio dancístico se hizo de modo virtual y ahora no tengo un salón de danza físico, sino unos cuantos salones que paguen Zoom. Inicié con amigos un proyecto en redes sociales de entrevistas y conversatorios con artistas de la danza en México. Dicho proyecto me ha hecho reencontrarme con mis maestros, amigos y colegas. He escuchado de su trayectoria, anécdotas, logros y fracasos y no ha habido ni un solo encuentro en donde al finalizar no me sienta inspirada y llena de vida.

Hay un gran tesoro en México en cuanto a danza se refiere, pues la tierra mexicana floreció con danzas y cantos.

Bailar está en nuestra sangre. Me queda claro y es imposible no desear ser parte de esos seres mágicos que hablan y enseñan con danza la historia del mundo, de la vida y del ser. A lo largo de dichas pláticas, escuchando las historias de tiempos de crisis y lo que floreció de ellos, sería muy tonto de mi parte no aprovechar este momento y no reflexionar sobre mi quehacer en la danza. Dentro de esos quehaceres hay uno que me ha llamado fuertemente y este es la enseñanza. Frente a toda esta situación, hay una pregunta que resuena en mi cabeza. ¿Puede la danza enseñarse a distancia? Como docentes hemos tenido que reformar nuestros métodos de enseñanza en tan solo 6 meses. Dijimos incrédulamente “hasta pronto” a nuestras maravillosas instalaciones de donde nadie nos sacaba y que ahora lucen sin sentido cuando no están llenas de gente. Veo con mucho orgullo a mis compañeros docentes levantando la cabeza ante la adversidad. He escuchado sus palabras de frustración y también he visto sus rostros de nostalgia y tristeza. Todo esto aún muy lejos de que alguien se rinda. Y es ahí donde aprecio que los seres humanos somos adaptables, capaces de evolucionar con tal de mantenernos en el juego. Pues ¿quién quiere morir? ¿Seríamos capaces de dejar morir el arte? No lo creo. Es motivante ver a toda esa masa de personas, artistas de la danza, haciendo de todo para seguir trabajando en esta contingencia. No ha sido fácil. Muchas escuelas no profesionales de danza han tenido que cerrar sus puertas, pues nadie perdona una renta sin pagar; maestros se han quedado sin trabajo. Bailarines no tienen grupos ni lugares donde ensayar ni hacer obra; los teatros, nos queda claro,

son los últimos recintos que podrán abrir; se han cancelado festivales, concursos, encuentros; escuelas profesionales ahora sobreviven con la modalidad en línea, pero la baja de alumnos incrementó. Para quienes trabajamos en instituciones de formación profesional, como lo es la Universidad Autónoma de Nuevo León, sabemos que las actualizaciones y revisiones de planes de estudios son pan de cada día, que la Universidad hace incansables esfuerzos para mantener su merecido lugar como una de las universidades públicas más importantes del país y ha dejado en evidencia que el COVID-19 no ha sido suficiente razón para detenernos. ¿Algo bueno nos ha traído todo esto? Claro que sí. En cuanto a oportunidades laborales, podemos decir que gracias a la virtualidad hemos podido ampliar los alcances de alumnos. Es maravilloso descubrir rostros nuevos que tal vez jamás habríamos conocido de no ser por esto. He tenido la oportunidad de tomar clases y asesorías creativas con maestros de otro lado del país, con los que jamás habría tenido oportunidad de compartir aulas sin perder mi trabajo estable. Volví a comunicarme con mis maestros, e irónicamente, doy más clases virtuales que presenciales. Sin embargo, me persigue la pregunta: ¿La educación de la danza puede ser a distancia? Me observo a mí misma impartiendo clase o siendo alumna para descubrir la respuesta. Ahora, en el encierro, solo tengo al alcance mis anotaciones. Necesito resolver en el momento ¿qué hago si se va al Internet?, ¿estará notando mi alumno el alargamiento de mis dedos meñiques por abrir la espalda?, ¿están sudando?, ¿ya habrán sido suficientes cepillados?, ¿están braceando correctamente? ¿Cómo es que esta alumna viajó al futuro y ahora va tres compases adelante? ¡No van a tiempo! Grito frustrada con temor de despertar a mi vecina. Una voz tímida sale por la bocina del computador. Maestra, es que es el *delay* de la señal. A nosotros su música nos llega tarde. Mi voz apenada contesta. “Lo siento, muchachos. Entonces olviden el regaño diario desde hace tres semanas y aquella cátedra inesperada de teoría musical y solfeo”. Sería todo más rápido estando frente a frente. Los cuerpos se comunican directamente y por fortuna no hay tantas palabras que decir. No puedo negar que he desarrollado habilidades que ni yo misma sabía que tenía. Por ejemplo, dividir mi atención en 12 pantallas diferentes, hacer una mezcla musical al momento, darme cuenta de quién va tarde en el tiempo y quién a mi tiempo. Ya descubrí que si alguien está en el futuro de la secuencia es porque no va bien y no he vuelto a dar cátedras de música. Manejo mejor los programas de la computadora. Pienso que lo más importante es transmitir el mensaje de la forma más clara posible, hacer que los estudiantes no pierdan el ánimo, contagiarlos de la danza como lo hicieron mis maestros conmigo, brindarles la experiencia de ser acompañado en el proceso de descubrir su ser creativo y artístico. Dicen que lo que hacemos ahora nos preparará para el futuro. Entonces recuerdo a mis maestros con amor y he llegado a pensar que sabían lo que iba a suceder, puesto que me dieron las herramientas que me hacen estar de pie ahora, sana y salva. Empezando porque amo, cuido y respeto mi cuerpo. Yo no sé qué pasará mañana. Lo que sí sé, es que necesito ser una buena transmisora, una que pueda contagiar a muchos.

Algo que tiene la danza, que el COVID no, es que la danza sí puede transmitirse a la distancia.

La pantalla se rompe cuando nos tomamos el tiempo de vernos en los ojos. ¿Qué decimos del corazón? Él no necesita ni de nuestra presencia para conectarnos unos a otros.

Ni siquiera necesita un rostro para empatizar. Sé que muchos docentes de danza compartirán conmigo lo aquí expuesto, pues día a día nos enfrentamos con distintos rostros. Unos reflejan ánimo, otros aprenden rápido, unos cuantos más están distraídos y otros desanimados. Sin embargo, la vida nos pone a todos en un mismo lugar. El aula, física o virtual, no importa. Rostros desanimados hemos visto de frente, al igual que rostros frescos, ávidos de aprender. Sí se puede enseñar danza a distancia, pero necesita de tres partes. La primera, que la institución brinde a sus maestros y alumnos las herramientas posibles para que ambos puedan desempeñarse de una manera óptima. Segundo, que el personal docente esté compuesto por entes creativos e inquebrantables, comunicativos y jóvenes de espíritu, para que no muera el hambre de aprender algo nuevo. Y tercero, que los estudiantes hayan tomado conciencia de que asistir a sus clases, ser optimistas, participativos y exigir una educación de calidad es un acto de libertad y que, a su vez, sepan que no hay manera de crear las escuelas del futuro si no se es autodidacta y autocrítico. Que no importa si se va la Internet, tienen que terminar su clase. Quisiera darles un mensaje y éste es que hay que aprender a hacer las cosas por uno mismo, sin depender de nadie, pero trabajando en equipo. Hagan las cosas por gusto, por amor, por dignidad. No es casualidad que hayan llegado a la danza. La vida nos prepara para algo, ¿para qué? el tiempo lo dirá. No subestimen los alcances del arte. Tengan siempre buena actitud y procuren estar listos para cuando llegue el momento.